

4. DON RUA: “EL EVANGELIZADOR DE LOS JÓVENES”

Cuarta y última parte del Documento «Sucesor de Don Bosco: hijo, discípulo, apóstol» y la conclusión, escritos por el Rector Mayor para presentar la figura humana y espiritual del Beato Miguel Rúa.

En la homilía de la beatificación, el Papa Pablo VI –como ya he señalado en parte– a un cierto punto afirmó: «Meditemos un instante sobre el aspecto característico de Don Rua, el aspecto que nos deja entenderle... Hijo, discípulo, imitador (de Don Bosco), hizo del ejemplo del Santo una escuela, de su obra personal una institución extendida, se puede decir, por toda la tierra;... hizo de la fuente una corriente, un río... La prodigiosa fecundidad de la Familia Salesiana tuvo en Don Bosco el origen, en Don Rua la continuidad. Este seguidor suyo sirvió a la Obra Salesiana en su virtualidad expansiva, la desarrolló con coherencia textual, pero siempre con genial novedad... ¿Qué nos enseña Don Rua? A ser continuadores... La imitación del discípulo no es pasividad, ni servilismo... La educación (es) arte que guía la expansión lógica, pero libre y original, de las cualidades virtuales del alumno... Don Rua se cualifica como el primer continuador del ejemplo y de la obra de Don Bosco... Nos damos cuenta de que tenemos delante a un atleta de actividad apostólica, que (actúa) siempre con el sello de Don Bosco, pero con dimensiones propias y crecientes... Nosotros rendimos gloria al Señor, que ha querido... ofrecer a su fatiga apostólica nuevos campos de trabajo pastoral, que el impetuoso y desordenado desarrollo social ha abierto ante la civilización cristiana». [\[56\]](#)

Nuevos campos de trabajo pastoral

Basta con leer rápidamente la cantidad impresionante de las cartas de Don Rua, de sus circulares, los tomos que resumen su obra de Sucesor de Don Bosco durante 22 años, para descubrir de modo imponente que lo que afirma el Papa es exacto: su fidelidad a Don Bosco no es estática, sino dinámica. Él advierte bien el fluir del tiempo y de las necesidades de la juventud, y sin miedo dilata la obra salesiana a nuevos campos de trabajo pastoral.

Entre los obreros y los hijos de los obreros

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX las luchas sociales de los trabajadores de las fábricas se multiplican por todas partes. Las condiciones de los obreros son miserables: horarios inhumanos, condiciones higiénicas pésimas, mutualidades y pensiones inexistentes. Bajo el impulso de Don Rua los Salesianos y las FMA dan vida a una floración de obras sociales: orfanatos, escuelas profesionales, escuelas agrícolas, parroquias de periferia con Oratorios para los hijos de las familias obreras: Oratorios que ven jugar sobre la hierba verde y rezar en las capillas a trescientos, quinientos, mil muchachos. Don Rua goza con ello, y exhorta a los Inspectores a tener una atención especial por estas ‘obras fundamentales de Don Bosco’.

En los últimos años del siglo, Turín se convierte en la cuna dolorosa del proletariado italiano. En mayo de 1891 León XIII publica la encíclica Rerum Novarum. En ella el Papa denuncia la situación en la que «un pequeñísimo número de gente muy rica ha impuesto un estado de semi-esclavitud a la infinita muchedumbre de los proletarios» (RN 2). La encíclica tiene inmediatamente un fuerte impacto en el mundo cristiano, y Don Rua siente que para los Salesianos ha llegado la hora de ampliar e intensificar su acción social.

En 1892 se tiene en Turín-Valsalice el VI Capítulo General de la Congregación. Entre las cuestiones para tratar, Don Rua pone la aplicación práctica de las enseñanzas del Papa sobre la cuestión obrera. Los Salesianos asumen el compromiso de introducir en los programas escolares de los jóvenes alumnos la instrucción sobre capital y trabajo, derecho de propiedad y de huelga, salario, descanso y ahorro. Se sugiere invitar a los alumnos y exalumnos a inscribirse en las *Sociedades Obreras Católicas*.

Entre los mineros de Suiza

En 1898 se comienza el túnel del Simplón entre Suiza e Italia: una de las galerías más largas del mundo, dos pasos paralelos de 19.800 metros. En la vertiente suiza se forma una colonia de más de dos mil obreros italianos: piemonteses, lombardos, vénetos y, sobre todo, abruceses y sicilianos, con mujeres e hijos. Don Rua no duda en mandar entre aquellos trabajadores a los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora. Allí estuvieron siete años, es decir hasta el final de los trabajos. Las noticias de cómo atendieron las necesidades de aquellas pobres familias son escasas: hacían el bien y ninguno tuvo tiempo de llevar una crónica. Un diputado socialista, Gustavo Chiesi, fue un día a observar la situación. Vio lo que hacían los Salesianos y las Hermanas, el Círculo obrero que habían fundado, que era el lugar de encuentro más frecuentado por los italianos; envió una crónica que publicó el diario "Tempo" de Milán. Se lee en ella: «Hemos voceado muchos sobre las condiciones de nuestros obreros en el Simplón, hemos escrito y protestado mucho. Pero nada práctico se ha hecho hasta ahora en su ayuda. Lo poco que se ha hecho hasta ahora lo han hecho los curas... En cada ocasión que surge ellos son los primeros que hacen, ayudan y alivian las penas ajenas. Así en el Simplón, así en todas partes».

Emigrantes entre los emigrantes

Otras oleadas más numerosas de emigrantes salían de Italia para huir de la miseria de las tierras del Sur. Para América del Norte y América del Sur, en el decenio 1880-1890, según las estadísticas del economista Clough, cada año emigraba una media de 165 mil personas. Sólo a Argentina emigraban cada año 40 mil italianos. En la década siguiente la masa de los emigrantes aumentó: se tocaba y se superaba el medio millón cada año. Giuseppe Toscano, en la Cámara de los Diputados, refiriéndose a la extrema pobreza del Sur, había declarado en 1878: «Reducido a la desesperación ¿qué queréis que haga el proletariado? No lo quedan más que dos caminos: el camino del delito y del bandolerismo o el de la emigración. Doce años después la situación no había cambiado, y Vittorio E. Orlando, de Palermo, gritó en el mismo Parlamento que para sus paisanos el dilema se resumía en dos palabras: «¡O emigrantes, o bandoleros!».

Don Rua, mientras cubría Italia con una red de obras para los jóvenes de las familias más modestas, envió misioneros Salesianos a América del Norte en 1897 y 1898. En Nueva York, Paterson, Los Ángeles, Troy, nuestros Hermanos se afanaban para acoger a los emigrantes que no conocían la lengua, no sabían dónde alojarse y encontrar trabajo. Codo con codo con las heroicas hermanas de la Madre Cabrini y de muchos otros misioneros y misioneras, trataban de ayudarlos a instalarse, inscribirse en los sindicatos del pueblo. Acogían a sus hijos en las escuelas, les aseguraban asistencia religiosa. Al mismo tiempo reforzó y multiplicó las presencias salesianas en América del Sur, que prosperaban bajo la guía de mons. Cagliari y del nuevo obispo salesiano mons. Luis Lasagna.

Los Salesianos se presentaban en continentes para ellos nuevos. Obras sociales, orfanatos, escuelas profesionales, parroquias y Oratorios de barriadas se abrían en

tierras lejanísimas: Ciudad del Cabo, Túnez, Esmirna, Constantinopla. Nuevas obras se abrieron en racimo en Europa del Norte y del Oeste. Una de las consecuencias beneficiosas fue que las misiones salesianas pudieron contar muy pronto con Hermanos de diversas nacionalidades. Los polacos emigrantes en Buenos Aires podían encontrar a un Salesiano polaco al frente de un secretariado para ellos; en Londres la colonia polaca disponía de una iglesia oficiada por un Salesiano polaco; los alemanes emigrados a la Pampa central o a Chile encontraron Salesianos alemanes. En Oakland, California, todo un barrio de portugueses estaba asistido por un Salesiano portugués.

Arriesgar todo lo que se puede arriesgar, como Don Bosco

La audacia apostólica impulsó a Don Rua a apoyar las empresas más difíciles. Con la misma valentía de Don Bosco arriesgó todo lo que se podía arriesgar para llevar el Reino de Dios y el amor de María Auxiliadora a todas partes.

En Palestina no dudó en aceptar como Salesianos la bien arraigada Familia religiosa de don Antonio Belloni, que se dedicaba a los niños más pobres. En Polonia no se opuso a la difícil y problemática personalidad de don Bronislaw Markiewicz, que parecía querer rebelarse contra la autoridad de los Superiores, pero que es venerado como beato y fundador de una Congregación que forma parte de la Familia Salesiana. En Colombia apoyó el apostolado nuevo y embarazoso para algunas personas, entre los leprosos de Agua de Dios, iniciado por don Miguel Unia y llevado adelante por don Evasio Rabagliati y don Luis Variara. Apoyó a don Juan Balzola y a don Antonio Malan que trataron de introducirse entre los indígenas Bororos del Mato Grosso de Brasil. Animó los difícilísimos intentos de implantar una misión entre los indígenas Shuar del Ecuador. En Orán (Argelia), donde muchos niños vagaban por las calles, envió a siete Salesianos a abrir un Oratorio y escuelas.

En 1906 bendijo a los primeros Salesianos que partían para fundar misiones en la India y China, capitaneados éstos por el jovencísimo don Luis Versiglia al que hoy veneramos como mártir y santo. Era un comienzo tímido, casi temerario, pero ahora la obra de Don Bosco en la India, en China y en toda Asia causa maravilla en todos.

En la víspera de sus 'Bodas de oro' como sacerdote, anunciada por el "Boletín Salesiano" y pregonada por todos los Salesianos, una grave infección que lo atormentaba desde hacía años y que lo habían cubierto de llagas dolorosas, le truncó la vida. Dios le vino al encuentro la mañana del 6 de abril de 1910.

“Aquella sencillez con la que buscaba acompañar sus obras”

Quien explora sólo los últimos años de vida de este delgado sacerdote, tiene la impresión invencible de una actividad incansable y gigantesca. Verdaderamente, como afirmó Pablo VI en la homilía de beatificación, «no podremos olvidar nunca el aspecto práctico de este pequeño-gran hombre, tanto más que nosotros, no ajenos a la mentalidad de nuestro tiempo, propensa a medir la estatura de un hombre por su capacidad de acción, advertimos que tenemos delante a un atleta de actividad apostólica».

Y, sin embargo, toda esta actividad humana y espiritual, la realizó Don Rua en el silencio y la humildad. Tanto que su queridísimo don Juan Bautista Francesia, al ponerse a escribir su biografía, usando el plural mayestático que entonces usaban los autores, escribió: «Nosotros que solíamos vivir con él, que lo oíamos hablar con

frecuencia, que tratábamos con él como se hace con una persona íntima y confidente, encontrábamos todo natural y sin relieve. '¡Así, se decía, haría yo! Así habría hecho Don Bosco. ¿Qué hay de extraordinario? ¡Me parece que no hay nada!' Y, sin embargo, pensando en ello, se habría debido decir que aquella sencillez, con la que buscaba acompañar sus obras, aquel decir continuamente 'todo por el Señor y nada más que por el Señor', despertaba ya en nosotros asombro, que constituirá siempre el elogio más bello de la laboriosa y humilde vida de Don Miguel Rua». [\[57\]](#)

CONCLUSIÓN

Como conclusión, querría volver a lo que os escribí el 24 de junio de 2009, con el título «Recordando a Don Rua». Os decía que queremos vivir al año 2010 especialmente como un camino espiritual y pastoral. Para hacer fructificar este año dedicado al primer Sucesor de Don Bosco señalaba en la carta «algunas atenciones para tener presentes en vuestras programaciones del próximo año, en los caminos personales, comunitarios e inspectoriales».

La primera es la de reforzar nuestra condición de discípulos fieles de Jesús, modelo de Don Bosco, redescubriendo los caminos para custodiar la **fidelidad a la vocación consagrada**, con una invitación concreta a beber en las fuentes de la vida del discípulo y del apóstol, en las fuentes cotidianas de la fidelidad vocacional: la Sagrada Escritura mediante la lectio divina y la Eucaristía en la celebración, en la adoración y en las visitas frecuentes.

La segunda atención que tener es la de asumir la actitud de Don Rua que, cuando fue enviado a Mirabello, compendió los consejos recibidos de Don Bosco en una sola expresión: «En Mirabello trataré de ser Don Bosco». Y todo Don Bosco se encuentra en nuestras **Constituciones**. Hacerse Don Bosco, día a día, es exactamente lo que nos indican concretamente las Constituciones. Movidio por el testimonio especial del primer Sucesor de Don Bosco, os invito en este año, sobre todo con ocasión de los ejercicios espirituales, a descubrir la importancia y el espíritu de nuestras Constituciones salesianas y a repasar vuestro proyecto personal de vida, con una referencia especial al Capítulo cuarto: el que se refiere a nuestra misión y se titula «enviados a los jóvenes».

En tercer lugar, recordando que Don Rua, impulsado por la pasión del Da mihi animas, dio un gran impulso a la misión salesiana, os invitaba a imitarlo en su entrega a responder a las necesidades de los jóvenes y a encontrar los caminos pastorales aptos para alcanzarlos con el anuncio del Evangelio. El arrojito apostólico de Don Rua nos pide, por tanto, concretar durante este año el compromiso de evangelizar a los jóvenes. Nos lo pide el segundo núcleo del CG26; nos lo propone el Aguinaldo de 2010, que nos invita a dejarnos implicar en el compromiso evangelizador como Familia Salesiana, de la que Don Rua fue un convencido promotor.

En este año Sacerdotal miramos todos a Don Rua también como modelo para el Salesiano sacerdote. Descubramos y profundicemos en su identidad, llena de fervor espiritual y celo pastoral en el ejercicio del ministerio, impregnada por la experiencia de la vida consagrada apostólica.

Que el Espíritu de Cristo nos anime en nuestro camino de renovación pastoral y que María Auxiliadora nos sostenga en el compromiso apostólico. Que Don Bosco, siempre, sea nuestro modelo y nuestro guía.

Cordialmente en el Señor

Don Pascual Chávez Villanueva

Oración para pedir la canonización del beato Miguel Rua

Dios omnipotente y misericordioso,
tú pusiste sobre las huellas de san Juan Bosco
al beato Miguel Rua, que imitó sus ejemplos,
heredó su espíritu y propagó sus obras;
ahora que con la beatificación
lo has elevado a la gloria de los altares,
dígnate multiplicar su patrocinio hacia los que lo invocan
y apresurar su canonización.
Te lo pedimos por intercesión de María Auxiliadora,
a la que él amo y honró con corazón de hijo,
y por mediación de Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

[56] Pablo VI, *Homilía en la beatificación de Don Rua*, Roma, 29 de octubre de 1974

[57] G.B. FRANCESIA, *Don Michele Rua*, Turín 1911, p. 6.